

A full-page photograph of Diego Maradona, a young man with dark curly hair, crouching on a green grass field. He is wearing a blue Boca Juniors jersey with yellow stripes on the sleeves and yellow socks. He is smiling and looking towards the camera. A white soccer ball is visible near his feet.

LUCIANO
FONTENLA

DIEGO y BOCA

UNA HISTORIA DE AMOR

LUCIANO FONTENLA

DIEGO y BOCA

UNA HISTORIA DE AMOR

Introducción

Hubo un partido en el que Maradona se puso una camiseta de Boca debajo de la ropa de Argentinos Juniors y terminó siendo insultado y separado del plantel.

Hubo una ovación de la hinchada de Boca cuando él jugaba en Argentinos, y un dirigente xeneize que intentó comprar su pase en un entretiempo.

Hubo familiares, amigos y compañeros que lo escucharon decir que su sueño era jugar con la azul y oro.

Hubo una tarde de febrero del 81 en la que le juró amor eterno a Boca en la Bombonera.

Hubo una noche de ese mismo mes en la que le juró odio eterno a River en el Monumental.

Hubo una camiseta de Boca, considerada la más linda de la historia, de la que pocos saben que fue uno de los diseñadores.

Hubo un vuelo de Barcelona a Buenos Aires que tomó porque extrañaba a su mamá y a la Bombonera, a la que visitó dos veces en un fin de semana.

Hubo entrevistas que nunca tuvieron repercusión en Argentina y en las que juró que, después de Nápoli, volvería a Boca.

Hubo mil y un cantitos de Boca que él convirtió en canciones de cuna para sus hijas.

Hubo un deseo explícito de comprar Boca si las leyes se modificaban.

Hubo un libro de pases en el que compró un jugador para ayudar a Boca a romper un maleficio.

Hubo un partido en el que alentó a Boca en la Bombonera a pesar de que era el técnico de Racing.

Hubo un mediodía en el que pidió salir por radio para decirnos a los hinchas, antes que a los representantes y dirigentes, que estaba desesperado por volver a Boca y que aceptaba la propuesta del club.

Hubo un partido oficial que jugó con lágrimas en los ojos.

Hubo una rueda de prensa en la que pidió que la Bombonera lo insultara, así se iba del club. Y hubo una ovación que lo derritió y lo hizo cambiar de opinión.

Hubo un primer partido como jugador de Boca en el que dijo que sintió que se movía el piso.

Hubo un último partido como jugador de Boca en el que decidió su destino en el entretiempo y terminó jugando frente al televisor del vestuario.

Hubo un partido homenaje que él tiñó de azul y oro, dejando de lado jugosos acuerdos comerciales.

Hubo noches en las que se quedó a cenar en su palco cuando solo quedaba el personal de limpieza.

Hubo un jugador de Boca que, en la final contra Real Madrid, usó una remera con la cara de Maradona durante el partido para que Diego y Boca fueran campeones del mundo juntos.

Hubo una celebración en la que Maradona dijo que Boca es pueblo y que, gracias a Dios, tiene un perfume distinto al de River.

Hubo un día en el que Diego pidió tener una camiseta de Boca en su último adiós. Y hubo quien hizo que su deseo se cumpliera.

Todas esas cosas hubo una vez, en esta historia de amor entre Diego y Boca.

PARTE I
A PRIMERA VISTA
1960-1980

Cuna boatera

En octubre de 1960, Boca buscaba redimir una amarga travesía de casi dieciséis años por un desierto en el que solo había cosechado un título.

Mientras tanto, en Villa Fiorito, don Diego Maradona, delantero y entrenador del equipo barrial Estrella Roja, se preguntaba si su quinto bebé por nacer sería el primer varón con quien compartiría su pasión por el fútbol. En el vientre de Dalma Salvadora Franco retumbaba la última arenga del astro aún nonato. Las contracciones en plena madrugada fueron su primer aviso de que vendría a este mundo dispuesto a hacerse notar. Con el tiempo justo, los tres llegaron al Hospital Evita de Lanús para que, a las 7:05 horas del domingo 30 de octubre, un nuevo boatero fuera alumbrado a esta dulce tierra.

Como en tantos hogares xeneizes, el amor por los colores le llegó a Dieguito por transmisión hereditaria. Si nos propusiéramos armar un pesebre que reprodujera el nacimiento de este Jesús de pantalones cortos, el azul y el amarillo dominarían la escena. Además de la Santísima Trinidad, conformada por don Diego, doña Tota y el recién nacido, tres de sus cuatro hermanas —Ana Ma-

ría, Elsa y María Rosa— eran también hinchas de Boca. La oveja negra —en rigor, blanca y roja— era Rita Mabel, alias «Kity», simpatizante de River por motivos que esta religión asigna al Misterio. Incluso los tres hermanos que llegarían en los años siguientes (Raúl, Hugo y Claudia) se alinearían en el camino que conduce al templo de Brandsen 805.

Cuando Diego Armando ya era el gran Maradona y cerraba sus ojos para encontrar en su mente instantáneas de su infancia, sus primeros recuerdos ligados a Boca tenían el rostro de su padre y la voz de Bernardino Veiga, el famoso relator que transmitió la campaña del club durante treinta años, y que era el preferido de don Diego. Pelusa retuvo siempre en su memoria aquellas tardes en las que Boca ingresaba a su casa de Azamor 523 a través de la radio. El matrimonio Maradona se sentaba a escuchar a Boca en el patio que estaba detrás de la casa y el pequeño se les unía, «siempre y cuando se quedara quieto y no se fuera a jugar a la pelota», rememora Kity, con su infinita dulzura de hermana mayor. «Mis dos padres eran muy futboleros, pero mi mamá era más efusiva que mi papá. Y Dieguito se parecía más a ella en la forma de ser y de vivir el fútbol», agrega. El impacto que generaba el andar del equipo en el hogar le quedó grabado por siempre a Diego. «Yo me acuerdo que, de chico, perdía Boca y mi casa era un velorio. Lloraban mi papá, mi mamá, mis hermanos», recordó cuando era ya adulto.

Don Diego y doña Tota se habían mudado a Fiorito desde la ciudad de Esquina, Corrientes, en 1955. Chitoro, apodo de Diego padre, era de Boca desde niño, y ahora tenía su club a pocos kilómetros de distancia. Empezó a ir a alentarlos siempre que su sacrificada vida se lo permitía. «Al principio iba a la cancha con un cuñado de mi mamá. Y después lo empezó a llevar a mi hermano. No iban tan seguido por el costo de las entradas, pero les gustaba ir especialmente a los clásicos contra River», relata Kity. Con los

años, el futuro 10 xeneize comenzaría a ir a la cancha también junto a sus amigos, muchas veces ingresando gratis en el segundo tiempo cuando se abrían las puertas para preparar la salida del público.

Cuando Pelusa tenía tres años, debutó en Boca quien pronto sería el primer ídolo que compartirían los dos Diego Maradona: Ángel Clemente Rojas. Jugó su primer partido en mayo de 1963 y, apenas dos meses más tarde, llegó a la tapa de *El Gráfico* con un título similar al apodo que recibiría Diego años después: «Rojas, el nene de oro». «Mi viejo era admirador de él, casi fana, diría yo —declaró en 1981—. Recuerdo que me llevaba a la cancha y que yo también me sorprendía cuando él hacía *pin, pin*, de aquí para allá y dejaba a los contrarios en el piso». Al poco tiempo, Rojitas —o en realidad, una de sus fotos— se coló en el hogar maradoniano de Fiorito mirándolo todo desde un póster pegado en una de las paredes de la casa.

El Boca del 69, uno de los más recordados de nuestra historia, entre otras cosas porque dio la vuelta olímpica en el estadio Monumental, caló hondo en nuestro pequeño héroe, que por entonces tenía nueve años. «Tengo un recuerdo maravilloso de ese Boca que dirigía usted, Alfredo —le dijo Diego a Di Stéfano en 1987—. «Yo era un mocoso, no tenía todavía diez años, pero mi viejo me llevaba a la popular. Me había enamorado del Pocho Pianetti. Me acuerdo que le clavaba los ojos cuando aparecía por el túnel y lo seguía los 90 minutos».

Por esos años conoció a quien sería su gran amigo de la infancia, Gregorio Carrizo. «La primera vez que vi a Pelusita fue en el año 67, en la canchita de Estrella Roja. Él estaba jugando con amigos y llevaba puesta una camiseta de Boca», recordó Goyo, quien dos años más tarde lo llevó a la prueba en la que Diego se incorporó a los célebres Cebollitas. Sin embargo, Boca, siempre

Boca, seguía presente en su vida. Al poco tiempo de comenzar a jugar en ese equipo infantil de Argentinos Juniors, varios chicos comenzaron a ser alcanzapelotas en partidos de la primera del Bicho. Era tal el talento de Diego, que Francisco Cornejo, el entrenador de los infantiles, lo mandó a que hiciera jueguitos frente al público en los entretiempos. Y así nació su *primer beso* con la hinchada de Boca...

Fue en la pausa de un duelo entre Boca y Argentinos Juniors, en los primeros años de la década del 70, en cancha de Vélez. Maradona comenzó su show de magia con la pelota. En un momento, le apuntó desde afuera del área a la cabeza de «Don Yayo», José Trotta, ayudante de Cornejo. «A la gente le llamó la atención y se empezó a reír. Don Yayo me devolvió la pelota y yo empecé con el jueguito, y la gente empezó a aplaudir. Era toda la gente: la de Argentinos, pero más todavía la de Boca... Ese es uno de los recuerdos más lindos que tengo de ellos. Creo que ahí empecé a sentir lo que siento ahora por Boca, ya sabía que algún día nos encontraríamos», recordó en su autobiografía *Yo soy el Diego*. Exjugadores de Argentinos, como José Pékerman y Juan Carlos Marenda, recuerdan que ellos se encontraban en el vestuario, se sorprendieron por la ovación y se asomaron a mirar qué ocurría.

Si bien no hay imágenes de ese primer encuentro entre Diego y Boca, durante la investigación para este libro se encontró una vinculada a otro recuerdo de la época, revelado por Maradona en 1981: «Una vez, cuando yo era un pibe que entregaba las pelotas que se iban afuera, Piqui Ferrero me dijo en cancha de Atlanta “dame la pelota, vago”. Nunca lo olvidé», contó en una entrevista en *El Gráfico* en febrero de 1981.

Buscando en los archivos, en un ejemplar de la revista *Así es Boca* del 9 de mayo de 1972, se encuentra una foto que en apariencia no tiene mayor importancia. En ella se puede ver, en un plano

abierto, a los jugadores de Argentinos y a los de Boca en el círculo central, saludándose tras el encuentro en el estadio de Atlanta. Y, entre ellos, se ve a dos niños alcanzapelotas del Bicho saludando a Ferrero. El parecido de uno de ellos con Maradona es notorio. Desde Colombia, Claudio «el Mono» Rodríguez, exintegrante de los Cebollitas, recibe la foto a través de WhatsApp y no duda: «Los chicos de la imagen somos Diego y yo», convirtiendo esa fotografía, que durante medio siglo pasó inadvertida, en la primera conocida de Maradona junto a un jugador de Boca.

El propio Enzo Ferrero, desde Gijón, España, también recibe la imagen en su teléfono y revela que él conoció la mencionada anécdota contada por Diego, de boca del propio Maradona: «En 1981 fuimos compañeros en la Selección y él me contó sobre su recuerdo de ese día. Me dijo que él quería demorar la entrega de la pelota y que yo lo apuré», rememora.

* * *

Maradona debutó en la primera de Argentinos Juniors el 20 de octubre de 1976 contra Talleres de Córdoba. Su primer encuentro con Boca ocurrió cinco meses más tarde, pero no fue con el equipo sino con su estadio, la Bombonera, que fue el teatro de su sueño de jugar en la Selección.

César Luis Menotti lo convocó para un amistoso contra Hungría, el 27 de febrero de 1977. Diego fue al banco e ingresó en el segundo tiempo, luego de que el público pidiera por ese joven que tenía más rulos que minutos en Primera. «La de Boca es una cancha muy buena para que juegue la Selección, porque tiene al público muy cerca», declaró tras el debut.

La primera vez que enfrentó a Boca, el 7 de agosto de 1977 en el estadio de Huracán, Maradona ingresó a la cancha con la cami-

seta de Argentinos y se retiró con una del Xeneize. Más precisamente, la de Mario Zanabria, uno de los jugadores que admiraba, y a quien se la cambió apenas terminó el encuentro. Se la puso sobre los hombros y caminó rumbo al túnel abrazado a Raúl, el Turco, uno de sus dos hermanitos bosteros.

Ese día, Boca le ganó al Bicho por 1 a 0 con gol del Heber Mastrángelo. La revancha de Maradona llegó tres meses después, en su primer partido contra Boca en la Bombonera, en el que hizo los dos goles con los que su equipo ganó por 2 a 1.

Primera cita fallida

El matrimonio entre Diego Armando Maradona y el Club Atlético Boca Juniors se concretó en 1981. Pero para llegar a eso, aún faltaban un par de citas en las que cada uno se iría a dormir a su casa en soledad.

Boca intentó comprar el pase de Maradona, por primera vez, en septiembre de 1978. Y derivó en una increíble historia, desarrollada en cinco días, en los que Diego lució dos veces una camiseta azul y oro, y terminó insultado por hinchas de Argentinos Juniors y sancionado por sus dirigentes, que lo obligaron a pedir disculpas públicas.

Todo comenzó en Nueva York, adonde Boca había viajado para jugar un amistoso contra Cosmos. Desde allí, el presidente del club, Alberto J. Armando, sorprendió al fútbol argentino:

—Póngalo bien grande —le dijo a Jorge Mortola, enviado de *Crónica*—: Boca comprará a Maradona para el próximo torneo Nacional. Diego, con quien ya conversé, nos sale 250 mil dólares. Además, se haría una cláusula por la cual, en caso

de que Boca lo venda al exterior, un 75 por ciento quedaría para Argentinos Juniors.

—¿Ya hubo reuniones con la gente de La Paternal?

—Mire, confórmese con lo que le dije. ¿O me va a negar que cuando en la Argentina se enteren de que Boca compra a Maradona no explotará una bomba?

La noticia fue tapa de los diarios el viernes 8 de septiembre. Rápidamente, el presidente de Argentinos, Próspero Cónsoli, salió a intentar desactivar esa «bomba» de la que hablaba Armando: «Ha sido una falta de ética. Han conversado con el jugador pasando por encima del club. Además, dan una cifra ridícula».

Ese viernes, Diego entrenó con el equipo de La Paternal, y a la salida les reveló a los periodistas que él ya tenía todo arreglado para ir a Boca. «Hasta el momento era un secreto, pero si Armando lo contó, yo voy a declarar cómo son las cosas. Hace unos quince días nos pusimos de acuerdo en el aspecto económico, y me dijo que yo podía seguir en Argentinos hasta el final del Metropolitano, y que en el Nacional pasaba a Boca».

Su ilusión por jugar en el Xeneize crecía minuto a minuto, tal como se notó en una entrevista para la televisión que le dio, por esas horas, al periodista Carlos García Malod, en la que ya fantaseaba con cómo sería su rol en el equipo del Toto Lorenzo.

—Imaginate que ya tenés el número 10 de la camiseta de Boca en la espalda —le dice Malod y automáticamente la cara de Maradona se ilumina— ¿te vas a adaptar al juego de computadora, super estructurado, de Juan Carlos Lorenzo?

—Pienso que sí, que no va a haber ningún problema, porque Zanabria, que tiene mis mismas características, se adapta perfectamente al fútbol de Lorenzo.

—Por ahí, en vez de que Lorenzo cambie a Maradona, Maradona cambia a Boca —dice Malod, y la cara de Diego vuelve a iluminarse.

—Ojalá...

Ese mismo día fue a ver a Cónsoli para pedirle que lo dejara ir. El presidente de Argentinos recibió luego a un emisario de Armando, pero respondió que el monto ofrecido era bajo y que no aceptaba tener la copropiedad del pase.

Al día siguiente, el sábado 9, Diego recibe en su casa a reporteros de la revista *Goles* y les da una entrevista mientras miran el partido de Boca contra Cosmos. Así como Alberto Armando había lanzado una bomba desde Nueva York, Diego Armando activaba otra con ese reportaje. Un explosivo con cuenta regresiva, que recién estallaría cuando los ejemplares llegaran a los quioscos, entre la noche del lunes y la mañana del martes.

Pero antes, se desataría un terremoto con epicentro en La Paternal con un hecho del que casi no hay registros.

Ese domingo 10 de septiembre, Argentinos Juniors recibía a Colón por la 29a fecha del Metropolitano. En el vestuario local, mientras se cambiaban para ir a realizar el calentamiento previo dentro de la cancha, Humberto Jorge Minutti, lateral izquierdo del Bicho, se sorprende al ver que Maradona se calza una casaca xeneize.

—¿Qué hacés con esa camiseta?!

—Es que me quiero ir a jugar a Boca, Berto.

—Pero no podés salir a la cancha así.

—Quedate tranquilo, arriba me pongo el buzo.

A pesar de ese recaudo, varios hinchas se dieron cuenta de que llevaba la azul y oro debajo de la ropa de su equipo. «Se enoja-

ron, comenzaron a gritarle que se quite la camiseta, que estaba en Argentinos. Cuando volvimos al vestuario le dije: “¿Viste lo que pasó? ¡Te dije!”, y me respondió que tenía razón. Era muy pibe, aún le faltaba experiencia. Y varias veces me hablaba de que quería jugar en Boca y que era el equipo que tenía la mejor hinchada», recuerda Minutti.

Antes de regresar al césped para jugar el partido frente a Colón, se quitó la remera de Boca. Pero el enojo de los hinchas se había generalizado y no tenía vuelta atrás, tal como relata Raúl Bianchi, otro zaguero que fue titular esa tarde en Argentinos: «Lo insultaron, le cantaron “ese negro de mierda no quiere jugar / que se vaya / que no vuelva nunca más” y no gritaron el gol que hizo de penal. Fue de terror. Él estaba entusiasmadísimo con irse a Boca».

El lunes por la noche llegó a manos de los directivos de Argentinos Juniors el ejemplar de *Goles* con la entrevista realizada el sábado. Se trata de un documento histórico, dado que, en su portada, muestra la primera foto de la que haya registros públicos de Maradona vistiendo una camiseta de Boca. Y, por supuesto, sus declaraciones le echaron más leña al fuego de La Paternal.

«Me queda bien, ¿no? ¿Cómo no me va a gustar jugar con la de Boca?», se enorgulleció Diego en el reportaje. Lucía la remera que había intercambiado con Zanabria el año anterior. La entrevista fue realizada por el periodista Ricardo Plazaola, quien recuerda los detalles: «Fuimos sin tener acordado hacer esas fotos. Yo llevé una camiseta de Boca que estaba en la redacción, por las dudas. Él fue muy gentil y también inocente en prestarse, tenía apenas 17 años y nosotros éramos ya periodistas avezados. Medio que lo engañamos, le hicimos sentir que era una pavada y no le dijimos que sería la tapa de la revista. Pero nosotros sabíamos que iba a generar quilombo. Al día siguiente, Cyterszpiller llamó al jefe de

Redacción, César Volco, para pedirle que no se publicaran las imágenes, pero no había manera».

Sin tiempo que perder, el mismo lunes por la noche, en cuanto tuvieron la revista en sus manos, los dirigentes de Argentinos convocaron a una reunión inmediata. Y, al finalizar, se encargaron de que la decisión que habían tomado se conociera rápidamente. En la redacción de *Crónica*, sobre el filo del cierre de la edición, sonó el teléfono.

—Buenas noches, señor. Lo molestamos de Argentinos Juniors para dar una información.

—Muy bien, dígame.

—Acaba de finalizar una reunión extraordinaria de la Comisión Directiva del club, en la cual se resolvió separar del plantel profesional al jugador Diego Armando Maradona, por los motivos que son de dominio público, y hasta tanto se aclare la situación.

El periodista intentó pedir precisiones, pero del otro lado de la línea continuaron con el tono solemne, como si se tratara de una cuestión de Estado, y pusieron fin a la conversación:

—Eso es todo. Les habla Malvido, de Relaciones Públicas del club. Buenas noches.

Maradona había sido separado del club que lo vio nacer, por haber usado la azul y oro en una entrevista y en el calentamiento previo al encuentro contra Colón. A la mañana siguiente, doña Tota lo despertó con el diario en la mano y le dio la noticia. Él se fue raudamente al club y allí le preguntó al director técnico, Victorio Spinetto, si lo publicado era cierto. «Sí, Diego. Vinieron

dos dirigentes hoy a decirme que estás suspendido». Fue a pedirle perdón en persona a Settimio Aloisio, por entonces presidente de la Comisión de Fútbol Profesional del club, quien quedó en hablarlo con sus colegas. Ese día no pudo entrenar y recibió un mensaje claro: la medida se levantaría únicamente si ofrecía disculpas públicas.

Pelusa, que aún era un pibe de 17 años, sintió el impacto. Visiblemente afectado, convocó a *Teleonce Informa* para difundir su pedido de perdón. Sentado en una tribuna del estadio de Argentinos Juniors, con los hombros encogidos, casi sin levantar la mirada, despeinado, y con una expresión en su rostro que evidenciaba el mal día que estaba transitando, enfrentó a las cámaras. El periodista, Humberto «Tito» Biondi, lo entrevistó con la tapa de la revista *Goles* en la mano, y comenzó el reportaje retándolo por haber posado con la camiseta de Boca.

—Diego, ¿no te parece que esto no es serio?

—Sí, no lo tendría que haber hecho. Ahora que lo veo me doy cuenta de lo que puede traer, y le pido disculpas a la gente de Argentinos Juniors. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, para ver si puedo seguir jugando.

—Estamos en la misma tribuna que el otro día, en el partido con Colón, te insultó, te silbó, te abucheó. ¿Sentiste dolor?

—Sí, porque no creí que la gente de Argentinos fuera a tomar a mal el precalentamiento mío con la camiseta de Boca. Yo siempre lo hago con una camiseta debajo, y dio la casualidad que llevé la de la Selección y la de Boca a la concentración. La gente pensó que yo en el partido tenía esa remera debajo, pero no es cierto. Si estuve mal en usarla en el precalentamiento, quiero que la gente me sepa comprender, porque no lo hice de ninguna manera a propósito.

El indulto de los dirigentes de Argentinos no se hizo esperar. El equipo debía jugar ese jueves contra Estudiantes de La Plata y no podía privarse de su genio y figura. Hasta el plantel le pidió a Cónsoli que lo perdonara. La comisión directiva, además, anunció que declararía persona no grata a Alberto J. Armando.

La suspensión y la amenaza de aplicarle una multa lo habían intimidado. Llevaba apenas dos años jugando como profesional. Ser jugador de fútbol era un trabajo y un salvavidas para toda su familia, con la que acababa de mudarse a una vivienda de la calle Lascano. «Argentinos me entregó la casa, tengo que hacerle arreglos en paredes, piso y techo. Para eso necesito plata, me gustaría terminarla para festejar mi cumpleaños a fin del mes que viene», contó en esa edición de *Goles*.

Tenía muy presente a su familia y hablaba de ella en muchos de los reportajes que daba en esos primeros años. Y Boca era parte de ella. «Soy hincha de Independiente, pero como mi madre, mi padre y todos en mi casa son hinchas de Boca, me gustaría mucho jugar allí para ellos y darles una satisfacción todos los domingos», había dicho en la entrevista a Malod días antes de tener que pedir perdón. Quizás la mejor forma de sintetizar qué significaba Boca en la vida de aquel Diego-adolescente se encuentre en un video que el Diego-adulto grabó para el cumpleaños de nuestro club, el 3 de abril de 2019. Allí, sonriendo a cámara, unió a sus dos amores en una sola frase: «Boca, sos el beso de mi mamá».

Como en las más trilladas películas de drama y amor, el primer intento de unir en sagrado matrimonio a los dos protagonistas de esta historia terminó con un despechado irrumpiendo en el altar, furioso, para arruinar la boda. Y aunque todos sabemos que este guion culmina con final feliz, aún quedaban por rodar otras escenas de encuentros frustrados.